

PEDRO CASALS

EL SEÑOR DE LA COCA



Según todas las apariencias, un simple accidente. Pero con la muerte de Ignacio Pertús salía beneficiada demasiada gente: su viuda, a quien, en la agonía, no se atreve a confiar el secreto; su yerno, un *yuppie* en imperioso trance de ascensión; su socio en la floreciente cadena de hamburgueserías. Y el señor de la coca, que se libra de un posible desertor del negocio. Precisamente husmeando el rastro blanco de la cocaína, el abogado Lic Salinas dará con las primeras pistas, que le conducen a enmoquetados despachos, a perfumados ambientes, a irreprochables apellidos de Barcelona, éstos para los que la coca no es más que una liturgia de moda para quedar bien con los amigos y una manera, poco honorable pero segura, de amasar grandes fortunas. «No hay dinero más negro que el polvo blanco». Para hacerse con él se necesitan hombres respetables ante la ley y el fisco, hombres que no suelen cometer más que una imprudencia; aquella que un buen detective como Salinas encuentra siempre y que conduce a la verdad: quién mató a Pertús, por qué lo hizo. Desenredando la madeja del enigma, al compás de esta ágil novela, llena de acción, aparecen paisajes y personajes de la alta Barcelona descritos con irónica chispa, ciertos apuntes de usos y comportamientos de la más fresca actualidad.

EL SEÑOR DE LA COCA

Pedro Casals Aldama

*A menudo se hace el bien para poder
impunemente hacer el mal.*

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD

1

Ignacio Pertús quería y no podía. No, no podía hacerlo.

Por tres veces trató de sincerarse con ella. Nuria lo miraba abriendo mucho los ojos, pero no decía nada.

Ignacio tomó carrerilla y anunció:

–Hay algo que no te he contado nunca.

Habló con voz insegura.

Nuria se envaró y echó el tronco ligeramente hacia adelante.

–Años atrás me parecía evidente que no debías saberlo –aseguró él–. Pero ahora...

Cerró los ojos y se interrumpió.

–¿Sí? –susurró ella.

Ignacio titubeó y, como otras veces, acabó por hacer marcha atrás:

–Hay tantas cosas que no te he contado.

Era hombre de mirada azul y diluida y rostro huesudo. Su cabello parecía decolorado con agua oxigenada. Aunque no tendría más que cincuenta y pico, aparentaba muchos más. Todos.

–Dime. –Nuria aproximó el rostro al de su marido y repitió con voz queda–. Dime.

Debía de haber sido una mujer guapa. Muy guapa. Se adivinaba a pesar de las arrugas que se multiplicaban en el cuello y alrededor de los ojos hundidos y tan oscuros que se confundía iris con pupila.

Ignacio movió los labios carnosos y desinflados para balbucir:

–Hay una cosa que...

–¿Otra?... –preguntó ella con voz ronca.

Él la miró, y tras dudar:

–No.

Sin llamar a la puerta, entró una enfermera que calzaba zapatos de ancha suela de goma. Se aproximó a la cama metálica en que estaba tendido Ignacio y, dirigiéndose a su esposa, dijo:

–Ahora, a descansar.

Nuria no se movió. Antes de que la chica tomara el termómetro la miró con ansiedad y rogó:

–¿Nos puede dejar unos minutos?

–Está muy... fatigado.

–Sólo un momento. Por favor.

–Volveré enseguida –concedió con voz aflautada.

Tan pronto como se quedaron solos, Nuria cerró la puerta y se acercó a la cabecera del lecho. Apoyó la mano en la mesilla de noche con mucho cuidado para no pulsar ninguna tecla luminosa y se inclinó hacia su marido hasta rozar con el codo la inflexión del tubo del gota a gota.

–Ignacio... Sea lo que sea... –E insistió–: Nosotros estamos por encima de todo. De todo.

Él había renunciado ya. El último intento lo había desalentado. Ahora sabía que no era capaz ni siquiera de insinuar la masa porosa de ideas agobiantes que le oprimían los parietales y hormigueaban hacia los pómulos.

La habitación estaba pintada de un verde desvaído. Olía a medicina y la cabecera de la cama y la mesilla de noche habían sido forradas de tablero plastificado con aguas que imitaban una madera clara e irreal.

Nuria le cogió la mano y repitió:

–Dime... Dime...

La manija de la puerta hizo «clic», y la enfermera volvió a entrar en la habitación.

Era una morena tintada de rubio platino. Tomó unas gráficas de temperaturas que se encontraban adheridas a

los pies de la cama y, mientras las observaba, advirtió:

–Su marido tiene que descansar...

Nuria salió de la habitación y, de pie en el pasillo, esperó junto a la ventana de marco de aluminio a que la enfermera se marchara.

Deseó fumarse un pitillo, pero se contuvo. Sabía de memoria el aviso que rezaba: «Esta zona necesita aire limpio».

Unió las iniciales. «Eznl», se dijo. Volvió las letras al revés. «Lanze». Y embobada se puso a repetir para sus adentros: «Lanze. Lanze. Lan...»

Pensó en su hija, que anduvo casi todo el día en la clínica, y sólo hacía un rato que se había ido a casa: «Tendría que cuidarse más. Se le están engordando las piernas.... – En el nieto–: Está riquísimo...» Y el cuerpo desmadejado de su esposo volvió a ocuparle la mente.

La lluvia fina y discontinua oscurecía aquella atardecida de marzo. La humedad de Barcelona se metía dentro de los huesos de los transeúntes que cruzaban la calle a buen paso.

La esposa de Ignacio Pertús retorció el puño de la blusa de seda estampada de damero desenfocado, y se cruzó de brazos mientras recorría con la mirada las rampas de hormigón grabadas en forma de espiga del estacionamiento, la pared pluvial del edificio adyacente, las masas de construcciones de aluvión, las inverosímiles palmeras y los cipreses de un par de oasis urbanos, y el azul fluorescente de la frontera entre la sierra que ciñe Barcelona y el aire.

Los exagerados hombros del vestido disimulaban las caderas, pero le daban aspecto de mujer voladora posada en el cuarto piso de aquella clínica, alzada entre los colapsos de tráfico de Camelias y Ronda de Guinardó.

Cerca de la medianoche Ignacio comenzó a agonizar.

Al amanecer había muerto.

Y no lo dijo. No fue capaz de confesar a su mujer lo que para sus adentros llamaba «aquello».

2

El abogado Lic Salinas frunció el entrecejo. Fijó la mirada en el objetivo. Parpadeó con aire de preocupación y dio un buen golpe, seco y preciso.

La bola de color marfil, impulsada por el taco, chocó contra la granate que estaba pegada a la banda, y salió despedida en dirección a la tercera. A punto estuvo de rozarla, pero falló.

Lic adelantó los labios. Puso la boca en forma de «o» y se comió el exabrupto.

Su compañero de billar, Juan Puig, se sonrió. Aprovechó el regalo y se hizo media docena de carambolas de una tacada.

A Lic Salinas le gustaba El Velódromo. Sus techos altísimos, separaciones de vidrio esmerilado y bancos corridos tapizados de verde. Cuando pasaba por Barcelona solía acercarse al venerable local para echar la partida. Los dos eran finos y no se sabía de antemano quién iba a hacer de «paganini» de la cuenta: bolas, gintónics y puros.

Juan Puig era un hombrón de cabeza cuadrada y cabello escaso. Su agencia de motoristas había seguido los pasos a más de uno por cuenta del abogado, y se conocían de antiguo.

Tan pronto como el motorista vio que Lic miraba el reloj un par de veces y se rascaba el remolino de la coronilla, preguntó:

—¿Has quedado para cenar?

Salinas dijo que sí. Que estaba citado en un restaurante «al pie del Tibidabo», y que ya se le estaba haciendo tarde.

La mente de Puig saltó de la «carretera del Tibidabo» al accidente que había sufrido un «conocido de Lic».

El motorista dijo:

–¿Sabes lo de Pertús?

Salinas se apoyó en el taco y lo miró con ojos de «ni idea».

Puig explicó que Ignacio Pertús se había estrellado con su automóvil.

–Me han dicho que está muy mal...

Al ver en peligro una sombra del paisaje de adolescencia, Lic notó que el cerebro se le quedaba en blanco. Se pasó la mano por el cabello oscuro y lacio y, ahora, la mente se le disparó para traerle una vieja letanía: «Por culpa de Pertús, mis padres traspasaron el restaurante de las Ramblas... Y yo, a dos velas... Y, ¡hala!, a estudiar Derecho... ¡Menudo coñazo! Con lo bien que hubiese vivido con el restaurante... Si no tengo hermanos... Y la vaca daba de sobra... Lo hubiese convertido en refugio de *bon vivants*...»

Ignacio Pertús había tratado de hacerse con el local de la familia Salinas, pero le salió el tiro por la culata. En cuanto abrió los ojos al padre de Lic sobre el muy respetable monto que podía embolsarse con el traspaso «y a vivir», el viejo Salinas habló con un par de clientes que trabajaban en bancos y pronto se deshizo de su figón, sacándoles a los banqueros más del doble que la mejor oferta de la cadena de frankfurts de Pertús.

El empresario del comer a toda prisa no se ofendió. Al contrario, encargó al padre de Lic que le buscara emplazamientos para nuevos locales –que más tarde iba a convertir en hamburgueserías, en los inicios del *boom*–. Y el viejo Salinas se fue ganando buenas comisiones hasta que

cayó enfermo del cáncer que lo mató. Y que según Lic se llevó además a su madre, «sólo lo sobrevivió año y pico».

Fue también Ignacio Pertús quien aconsejó a Lic, en cuanto se licenció en leyes, que se fuese a estudiar a Harvard. El joven Salinas lo hizo.

«Y gracias al *master* tengo la clientela que tengo», admitió Lic para sus adentros mientras afirmaba imperceptiblemente con la cabeza.

Salinas miró a Juan Puig con aire apesadumbrado. Le preguntó:

–¿Cómo ha ocurrido el accidente?

El hombrón dijo que sólo sabía lo que le acababan de contar y Lic, tras pasear la mirada por dos mesas de estudiantes que copiaban apuntes, se acercó al teléfono de monedas.

Llamó al bufete de Isabel Casanovas, letrada que lleva los asuntos de Pertús.

–Veremos si aún está en el despacho...

Mientras marcaba el número, recordó que Ignacio Pertús le dijo una vez en tono de excusa: «Si abrieras un despacho en Barcelona, te pasaría muchos *dossiers*... – para añadir–: Con despacho en Madrid y Barcelona, los clientes iban a lloverte...»

Isabel Casanovas andaba todavía trabajando en su oficina, y Salinas preguntó por el accidentado:

–¿Cómo está?

–Mal.

–¿Qué ha pasado?

–Se salió de la carretera... Dice que no recuerda nada... Según él, iba conduciendo el Morgan y despertó en la clínica...

–¿Dónde sucedió?

–En l'Arrabassada.

–¿Iba solo?

–Sí.

–¿Chocó con alguien?

–No... Se despistó y se estrelló contra el muro de roca.

–¿Cuándo ocurrió?

–Ayer, al mediodía.

Antes de despedirse, Salinas se ofreció:

–Si me necesitas, llámame.

Le dio también el teléfono de su masía de Peratallada.

–No creas... Quizá tenga que hacerlo –dijo ella con preocupación.

Las últimas palabras de Isabel le intrigaron. Había colaborado con ella en un par de asuntos y sabía que no era amiga de hablar por hablar.

En cuanto Ignacio Pertús entró en el plano inclinado de la agonía, Nuria llamó por teléfono a su hija, «papá se está muriendo».

A la media hora, Aurelia llegaba a la clínica del brazo de su marido. Su padre ya no la reconoció.

El moribundo bostezaba de vez en cuando, como si anunciara su tránsito a otro sueño. Los bostezos se fueron espaciando y haciendo más desganados. Con el último se le fue la vida.

Un par de horas después del fallecimiento de Ignacio, a instancias del yerno, «tal como está Hacienda, hay que moverse deprisa», la ya viuda de Pertús hizo de tripas corazón y dio la noticia a Isabel Casanovas.

3

El abogado Lic Salinas pidió café. Dos solos. Mientras, miraba con el rabillo del ojo los chuletones que un camarero de largo mandil y mostacho rubio estaba sirviendo a los filisteos de la mesa de al lado.

Su compañera de cena, Lisa Vendrell, se había empeñado en hacerlo adelgazar, «estás criando michelines, –y solía recordarle–: Ya has pasado de los cuarenta. No puedes jugar con la salud... Estás en la edad del infarto».

La doctora Vendrell andaba todo el día corriendo de aquí para allá, del hospital a su consulta privada de analista. Comía a uña de caballo y, por la noche, llegaba tan rendida a casa que solía tomarse un yogur y a la cama.

Lo de la medicina sólo la ocupaba, «lo hago y punto», pero lo que la obsesionaba de veras era la política. La buena doctora era militante del PSUC y contestataria de la sanidad.

Licinio Salinas, que había tomado una ensalada verde y merluza encebollada y hervida, miraba con disimulo a la encargada del restaurante que atendía a una pareja y estaba ofreciendo la carta de vinos. «Un *yuppie* con su ligue. Primera... o como máximo segunda cena. Él tiene ojos de querer entrar a matar... Suerte, compañero... *La Ricitos* merece la pena... Sí, señor... Te lo digo yo», pensó el abogado.

Salinas y Lisa Vendrell estaban sentados a la mesa del rincón, al lado de la ventana. Él se había situado junto a la pared y desde allí dominaba casi toda la sala del restau-

rante. «Me gusta este sitio», se dijo mientras observaba la buena maña que se daba un camarero en alimentar con troncos la panza de la estufa de hierro de larga chimenea que subía en zigzag hasta empotrarse en el alto techo de enlucido crudo y brillante.

Por aquello de que Lisa no engordaba ni a la de tres, ella sí había hecho los honores al *chef*: alcachofas con almejas y solomillo al oporto. Y, encima, se entretuvo en rebañar los platos.

La doctora, entre sorbito y sorbito de café, andaba contando con los dedos todas las cosas de las que estaba harta. «Hay chorizos por todas partes, chorizos y más chorizos...»

Lic iba asintiendo mientras pensaba: «El azul plumizo de los ojos de Lisa. Los andares de la patrona del restaurante. Los hoyuelos de *la Ricitos*... Y vaya señora saldría... ¡Vaya guayabo!».

La doctora Lisa Vendrell insistía en su filípica contra la dirección del hospital. «Tienen una política economicista y miope... Por eso pasa lo que pasa».

Salinas lucubraba: «¿Qué edad tendrá *la Ricitos*?... ¿Veinticinco? ¿Y la jefa?... Debe de ser de la quinta de Lisa. Treinta y tantos».

La doctora fumaba un rubio de Virginia, Salinas un cigarro. Un pata de elefante. Ella ya estaba entrando en la fase de «la cosa no tiene arreglo». Él, en la de «lástima que Lisa esté tan seca... Es una huesitos... Con dos o tres kilos más, se pondría güenísima... Güenísss...»

–Empiezo a estar harta de la política. Me lo tengo que plantear. Me lo tengo que plantear en base a mis intereses... El partido es muy importante... El partido es muy importante, pero también hay que ver las cosas a nivel personal. La política me absorbe... No me quedan horas – monologaba Lisa.

El abogado, que ya había oído la letanía tantas veces, iba diciendo que sí con la cabeza y sonreía con aire de

compincheo. Sonrisa de sinvergonzón.

La patrona se acercó a la mesa de los filisteos.

–Cuidado, los platos queman.

Salinas miró de reojo el corte largo que le partía la falda por detrás.

La doctora Lisa Vendrell, que ya tenía en el colimador a *la Ricitos* y también a la encargada del restaurante, terminó de decir con morosidad lo que estaba salmodiando y sin apenas interrumpirse, como si continuara hablando de lo mismo, propuso:

–¿Vamos a hacer el amor?

Salinas entrecerró los ojos. Hizo una mueca de pillo apretando los labios con fruición y se desvaneció todo lo que no fuera la doctora.

«Eso es una señora con todas las de la ley. *Chapeau*, Lisa», pensó él mientras notaba que un cosquilleo le recorría la espina dorsal. Los ojos oscuros de Lic ganaron brillo y ternura.

–¿Vamos a casa? –preguntó ella.

Salinas titubeó y, tras permanecer en silencio unos segundos, dijo:

–¿Por qué no te vienes a pasar el fin de semana a Peratallada? Mañana es sábado...

El abogado iba a decir: «Mañana es último sábado de mes». Pero se comió parte de la frase.

–¿Por qué no? –repuso ella.

Salieron del brazo. Hacían buena pareja: Lic con su pinta de profesor, sus gafas de concha ligeramente caídas por la pendiente de la nariz recta y su aspecto de cachondearse del mundo; Lisa con el cabello muy corto y oscuro, más bruno aún que el de Salinas.

Dejaron atrás el pavimento de La Venta, que parecía un muestrario de los añejos embaldosados de ambas riberas del Ensanche. Cruzaron la terraza de mesas de madera verde y sillas de tijera, y la línea de bombillas como candilejas que orlaba los altos del seto de cipreses. Y los acogió